

SABATINAS INTEMPESTIVAS. GREGORIO MORÁN

Visita a la línea del horizonte

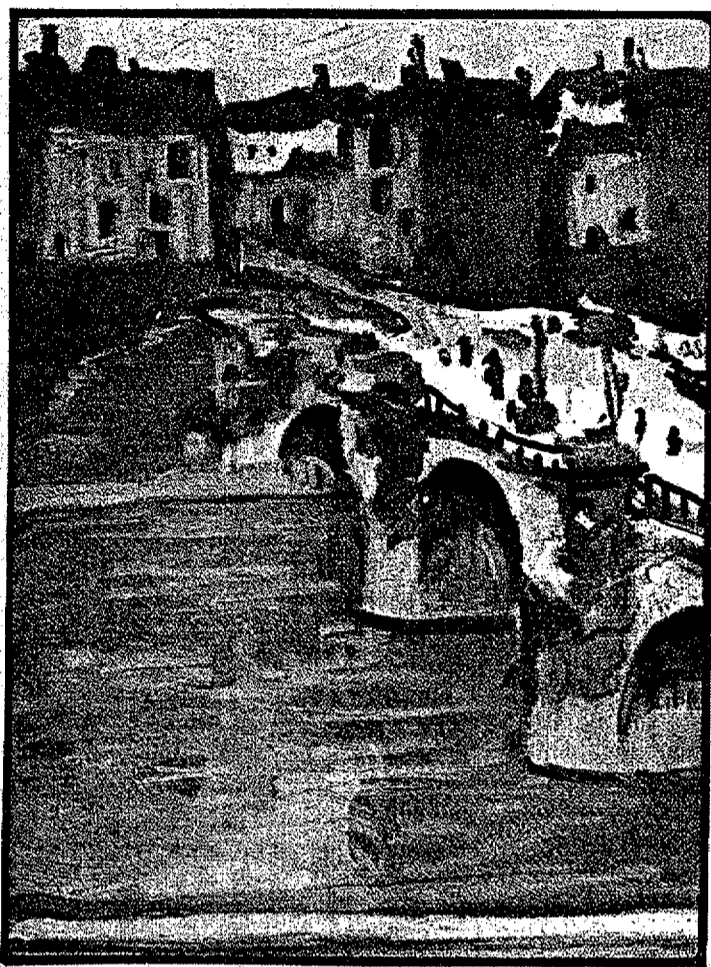
Entre l'Ampolla y Sant Carles de la Ràpita hay un triángulo sobre el que vuelvo una y otra vez, sin saber si me acerco para confirmar las limitaciones que tiene eso, que algunos denominan literatura, para describir paisajes planos. O si cada visita trata de enfrentarse con la espantosa soledad del hombre colocado en el medio del horizonte. O si me atrae el contraste entre el paraíso posible y la demoníaca estupidez del individuo. Confieso que el delta del Ebro es un enigma al que vuelvo una y otra vez tratando inútilmente de desentrañarlo.

El hombre es el más cruel de los depredadores y, dentro de la categoría de los hombres, los más insaciables en su crueldad depredatoria son los niños. En honor a la verdad, debo añadir que los más irresponsables son los intelectuales. Si no fuera por esto, por el peligro irreversible que caería sobre la zona, yo propondría abrir escuelas para la enseñanza y los límites de la humanidad especialmente indicadas para niños. También alguna residencia para escritores y artistas plásticos.

Una bióloga, un comerciante, un agricultor, un pescador de caña, un empleado de banca o un ama de casa pueden sobrevivir, creo, con decoro e incluso gratificación en el delta del Ebro. Tengo más dudas con los niños, y absoluta certeza de las limitaciones del escritor para llevar con dignidad un retiro profesional allí. La llanura es un reto para cualquier artista, sea con la pluma o el pincel. Un reto en el que lo más común es que acabe mal. Cervantes, sin ir más lejos, tiene una habilidad proverbial para enriquecer los desolados paisajes de la Mancha con artificios dignos de un decorador moderno. Un pintor, Caneja, fallecido hace algunos años, especialmente dotado e inteligente, se tiró un montón de años pintando centenares de cuadros que eran uno solo, la llanura castellana. Y fracasó.

No sé qué tiene el delta del Ebro que al segundo día ya empiezo a sentir incomodidad, una especie de angustia de menor cuantía, un desasosiego de inseguridad, como quien no sabe a ciencia cierta si está en tierra firme o en el pantano. Quizá sea un síndrome que solemos tener los que caminamos mucho y al cual me gustaría algún día dedicar unas líneas, el síndrome Robinson Crusoe; el miedo al límite. Me imagino un niño antiguo que naciera aquí y que no hubiera salido nunca. Estaría obsesionado siempre por saber si detrás de la raya del horizonte hay algo más o el vacío.

Es la diferencia con aquellos que nacimos



MESEGUER

**LA CULTURA NOS
asaltó en el camino de la
civilización. Apenas acabamos
de aprender algo cuando ya
entrábamos en otra cosa**

rodeados de montañas; sabías que coronándolas verías más allá. Que no existía el vacío y que los horizontes lejanos sólo era el título de una película emocionante.

Hay pocas imágenes tan hermosas como adentrarse en la playa del Trabucador en invierno, al sudeste del delta. A un lado el mar, al otro el mar, en medio un irregular camino, mitad brazo mitad regalo, como si tierra y agua hubieran llegado a un acuerdo, provisional y a regañadientes, para entender que cada uno tiene su derecho a vivir. Porque vivir no es más que estar, el resto son exigencias de la ambición del hombre. En el horizonte una especie de espejismo, real pero exagerado por la imaginación, como todo espejismo, el que forman las montañas de sal de la Trinidad. Al

fondo, algo informe en el perfil de la línea del límite —¿horizonte?—, quizá Sant Carles de la Ràpita y el dibujo leve de una loma —¿loma?—, importantísima en nuestra humilde historia, pero apenas nada, un boceto escrito en el aire de una raya larga que coincide con la vista.

Somos pueblos limitados por una torrentera de conocimientos. O lo que es lo mismo, la cultura nos asaltó en el camino de la civilización. Apenas si habíamos acabado de aprender algo cuando ya estábamos en otra cosa. Eso nos hizo animales inseguros y por tanto violentos. Los esquimales tienen un centenar de matices del blanco, nosotros apenas superamos los dedos de la mano para designar los azules, y aquí, en el delta, hay mucho más azul que palabras para describirlo.

En el delta todo tiene su encanto, su sentido y hasta su belleza, porque la belleza es el más relativo de los conceptos; hoy es bello aquello que ayer era una tortura. El delta era un basurero insalubre, lleno de mosquitos y pestes hasta hace bien poco. ¿Acaso nadie se ha preguntado por qué un lugar aparentemente paradisiaco no ha tenido literatura? Sebastián Juan Arbó lo intentó y no llegó. Se podría aducir

que los paraísos no tientan a los escritores; seducen los infiernos. Pero es que esta tierra fue un castigo de los dioses para unos pobres cultivadores de arroz, degustadores de un animal sucio y sabroso, la anguila.

La anguila era para las clases humildes el equivalente a la patata después del descubrimiento europeo de América. La anguila sirve para todo: cocer, freír, secar, guisar, ahumar. Lo resiste todo, hasta el tiempo. Y lo acompaña todo, por encima aun del bacalao que ha de secarse y salarse, porque fresco cambia de nombre y lo llaman abadejo. La anguila es la más vulgar de las especies. Es tan pobre que se basta a sí misma, sola o acompañada; no le hace feos a nada.

En el delta del Ebro todo tiene su encanto, su razón, su aquí. Desde los peces a las aves, pasando por el juego de las aguas. Todo salvo lo que ha hecho el hombre. No hay nada, fuera del privilegio de cultivar el excepcional arroz, que demuestre la superioridad de la especie. La suciedad es tan manifiesta que las presas conservan peces muertos a centenares, hacinados en espera no se sabe si de un juez de guardia o de un temporal que lo arrastre todo. Es como si cada habitante o visitante del delta se considerara el último. Deja su huella. Su basura propia e intransferible. El estudio de los basureros es el que posiblemente

tenga más futuro, aunque no lo abordemos porque a la gente le causa aprensión. Nuestra riqueza se ha multiplicado por la mitad de lo que se han multiplicado nuestras basuras.

Bastaría un estudio de Deltebre para radiografiar la humanidad en su contraste de civilización y atavismo. En el cogollo del delta del Ebro hay una población, suma de barrios que bordean el río. Uno se pregunta cómo es posible que un lugar tan curioso, donde la gente es simpática, abierta, entregada, arrolladora en su afán de agradar y quedar bien, un privilegio de la humanidad, viva en uno de los pueblos más feos que he visto nunca. Ya sé que en un concurso de fealdades siempre existen comparaciones desproporcionadas. Pero es difícil superar a Deltebre. España tiene los pueblos más feos de Europa, y algún día, desde Cataluña especialmente, habrá que explicarlo.

Deltebre es una vía principal, tortuosa, bordeada de casas compitiendo en fealdad, con

**TODO TIENE SU
encanto, su razón, su aquí,
desde los peces
a las aves, pasando
por el juego de las aguas**

algún toque personal de mal gusto, como para acentuar el lado menos feliz de la personalidad de cada cual. Las aceras salpicadas de bolas de cemento para evitar los aparcamientos, imagino. En el medio, una especie de bar imitando a un salón del Oeste, con travesaños de madera y puerta de batientes. Terrazas con columnitas del Hollywood de los años del gran Gatsby, todas iguales en su fealdad fallera. Los coches se saludan tocando la bocina.

Y apenas un campo a través, un par de kilómetros, y está la belleza. Esa belleza plana e inquietante del horizonte suspendido. Y una gente mediterránea, con esa ironía de vivir al día y con sol, que añoran aquellos que han podido conocer el sombrío norte de las brumas.

Esperaré unos años y volveré al delta. Quizá para entonces ya tenga más sinónimos sobre el azul y más paciencia para contemplar al hombre entre las aves. Y degustaré el arroz y los pescados, y alcanzaré por fin las salinas de los Alfaques. Luego, lo sugiero, subiré a aquella loma —¿loma?— olvidada en esta historia y contemplaré entre los ojos de La Foradada la belleza al completo y me sentiré a gusto, como animal de montaña, inseguro, con las sierras a la espalda y enfrente ese triángulo que aún nadie se propuso incluir en la literatura. Aún espera, como la lira aquella del poeta cornudo y desgraciado, la mano que venga a liberarla.●

Universidad y ciencia

XAVIER VIVES

El debate reciente sobre la endogamia y el amiguismo universitarios plantea el agotamiento de un modelo burocrático y funcional de la universidad y del sistema de investigación. A pesar de la mejora evidente, en términos de avance científico, en la universidad en España en los últimos quince años existe la percepción fundada de que los obstáculos para acercarnos a las instituciones punteras en el contexto internacional son formidables. Hay un problema de dinero, pero no es el único ni quizás el más importante. Es verdad que España está muy lejos de dedicar un porcentaje del PIB a investigación y desarrollo equiparable a los países avanzados y que en los últimos años este porcentaje ha tendido a disminuir. Pero teniendo a

XAVIER VIVES, director del Instituto de Análisis Económico del CSIC

pensar que el problema de organización y de falta de incentivos es más profundo.

El modelo actual se basa en una autonomía ficticia de la universidad en donde las instituciones no compiten, o compiten muy poco, por atraer estudiantes, profesores e investigadores, modelo burocrático donde la financiación de los centros depende muy poco, o nada, de su productividad docente e investigadora y en donde la carrera funcional no proporciona los incentivos adecuados premiando la excelencia docente e investigadora. Ahora, para contrarrestar el hecho de que el candidato de la casa tiende a ganar las oposiciones, se plantea incrementar el número de miembros del tribunal elegidos por sorteo, siguiendo la más rancia tradición del modelo burocrático. Si la financiación de un departamento o centro dependiera de forma importante de sus resultados, la tendencia sería contratar a los mejores y no necesariamente a

**LA EVALUACIÓN
externa e independiente
es fundamental para
escapar de la maraña
de intereses creados**

los locales. El caso del Reino Unido es paradigmático. Los departamentos universitarios se ordenan según su productividad científica y los fondos se reparten en consecuencia. ¿Quién querrá cargar entonces con un mal profesor/investigador que lastre la financiación del centro y ahuyente a los estudiantes? Este es el último control de calidad. Intentar combatir el amiguismo profundizando en el modelo burocrático puede suponer un lastre muy importante para el futuro. Hay que tomar la dirección contraria. Al modelo

burocrático se le contraponen el basado en la competencia y la autonomía real que se ha desarrollado plenamente en el mundo anglosajón con resultados espectaculares, como demuestra la calidad de las universidades líderes en EE.UU. Hay que incrementar el porcentaje de fondos que reciben los centros académicos ligados a su productividad docente e investigadora, y esta última debe medirse de acuerdo con los baremos de la comunidad científica internacional. Hay que evaluar los centros mediante comités de expertos independientes con participación internacional para escapar de la maraña de pequeños intereses creados, y posibilitar la gestión de la universidad profesional y responsable mediante un reforzamiento de sus órganos de gobierno. No es bueno que se tomen decisiones con arreglo a coaliciones de pequeños intereses corporativos o a una dinámica asamblearia. Que se diseñe la carrera tratando diferenciadamente a los

profesores según los resultados obtenidos. No es justo ni eficiente tratar de manera uniforme a grupos e investigadores punteros en el contexto europeo y a otros cuyo mayor mérito es "calentar la silla". Además, no es bueno proporcionar una estabilidad funcional al principio de la carrera universitaria. El corolario del cambio de modelo es que los estudiantes deberían elegir dónde cursar sus estudios dependiendo de la calidad de la oferta. Y se favorecería la incorporación de científicos formados en el extranjero con elevado nivel.

España se enfrenta al reto de atrapar a Europa en términos de renta per cápita. Parece difícil pensar que esta convergencia real con Europa se produzca sin realizar un esfuerzo muy importante en investigación y desarrollo, acompañado por una apertura del sistema científico-tecnológico español a la competencia y a la autonomía real de sus centros docentes y de investigación.●